



EL
PENSIL
DEL
BELLO SEXO





DEPARTAMENTO DE

DEPARTAMENTO DE

DEPARTAMENTO DE



EL PENSIL DEL BELLO SEXO,

Periódico semanal de literatura, ciencias, educación,
artes y modas, dedicado exclusivamente a las damas.

Para las condiciones de suscripción, véase la última página.

JORGE SAND.

A PENAS habrá una de vosotras, lectoras mías, que no haya tenido ocasión mas de una vez, de admirar y entusiasmarse con la lectura de alguna de esas mil novelas que habrán llegado á vuestras manos suscritas con el nombre con que encabezamos este artículo. Los periódicos, tauto políticos como literarios están llenos de las producciones que brotan de continuo de esa inspirada pluma y los elogios con que suelen encabezar su publicación os hacen ya fijar de antemano en la lectura de tan interesantes cuadros. En efecto, nada hay mas apasionado, mas tierno, mas lleno de poesía y encantos que las obras de Jorge Sand. Ellas son mas particularmente escritas para vosotras, que tenéis una alma sensible. No son ni como las novelas de Balzac que dejan el alma llena de una angustia mortal; ni tan pesadas como suelen serlo las de Soulie, ni escritas en un tono á veces tan trivial y hasta de mal gusto, como las de Paul de Kock. Obras,

todas ellas, de pasión, están casi siempre en el fondo en el género de la novela aun cuando á veces adolezcan en la forma de cierta proligidad y tengan cierto aire metafísico algo sutilizado. Por eso, pues, deben encontrar siempre un eco mayor en vosotras que sufrís doblemente con los dolores de la humanidad y que os interesais como nadie con sus dolores y desgracias. Vuestras almas, además, están llenas de esas aspiraciones poéticas que encuentran con frecuencia un eco armonioso en las páginas de Sand: él tambien concibe á veces esos personajes poéticos que tienen un cielo en su cabeza y una esperanza de ángel en el corazón. Como vosotras, en fin, vaga con frecuencia por esos bellos campos sembrados de flores en que os solazais algunas veces en vuestros ensueños de quince años. Por todo lo que llevamos dicho creemos, pues, que han de seros gratos los apuntes biográficos que os vamos á dar de este célebre escritor.

Cuando en un principio apareció la primera obra de Sand, excitó un grande entusiasmo. Era una encantadora novela titulada *Rosa y Blanca*. Pero el mérito real de la obra no fué lo que mas contribuyó á su celebridad. Comenzó á decirse con grande

misterio que el autor de aquel hermoso libro no era un hombre, como aparecía, sino una mujer. París es el país por excelencia de la curiosidad y de la novelaria, y una idea semejante debía levantar allí mucha polvareda. Hiciéronse en efecto grandes averiguaciones y todo el mundo se creía con derecho á decir alguna cosa acerca de aquel misterioso astro que tan brillante aparecía. Empero lo único que de fijo pudo averiguarse fué que Jorge Sand era efectivamente una mujer. Esto no obstante, y á pesar del misterio que envolvía su vida, hubo muchos que propalaron sobre ella las mas extrañas noticias. Por algun tiempo no se habló de otra cosa que de la vida y aventuras de tan rara escritora. Las conjeturas que sobre ella se formaban eran vagas, mas diremos, no tenían fundamento ninguno, pero sin embargo pasaban como moneda corriente. Pero donde la extravagancia y las rarezas de tan sublime mujer llegaron á aparecer con todo el colorido que dá el vulgo á las mas infundadas hablillas, fué entre los círculos de la gente profana. Las grisetas sobre todo, las amables grisetas tenían un ídolo en aquella rara mujer, que vestía de hombre, fumaba su puro correspondiente y vivía en los juegos y los cafés como pudiera hacerlo el mas libertino mozalvete. Ellas hallaban en todo esto un digno ejemplo que imitar. Cuando el talento andaba de este modo ¿cómo no había de disculpar el mundo sus extravíos?

En tanto que la gente profana seguía así la pista á nuestra célebre escritora, formábanse otras conjeturas tan raras por lo menos, acerca de la misma mujer, entre los que parecían tener mas derecho á estar informados de la verdad del caso. Estos, no pudiendo saber nada de cierto en el particular por las consultas repetidas que al efecto hacían, determinaron adivinar su vida y su carácter, por sus obras. Byron, decían, se ha pintado en don Juan, aguardemos pues nosotros el retrato de esa mujer extraña en el primer libro que salga de su pluma. Y el primer libro apareció. Era este la *Indiana*, novela que tal vez muchas de vosotras hayan leído, y en la cual como en casi todas las de Sand, se desprende cierto aire de lo que se llama inmoralidad á través de una pasión contemplativa y á lo Werther. En ella se pinta uno de esos matrimonios por convicción que no siempre suelen ser los que logran

hacer mayormente la felicidad conyugal. «Oh! exclamaron todos al ver aparecer, esta novela, ya esta dada la llave del misterio, ya se ha rasgado el velo que cubría el interior de ese santuario en que tanto tiempo se han conservado ocultos los secretos de esa divinidad. Jorge Sand ha sido una mujer casada á la fuerza, y que como Indiana está dotada de un corazón apasionado y expansivo. Ella sin duda ninguna, ha tenido algun marido viejo é impertinente, y hoy vive con tanto sigilo, por no dar lenguas á la murmuración» Y partiendo de este tema, se hicieron mil extrañas conjeturas, y se formaron mil cuentos, que corrieron con mucho crédito, por los labios del vulgo.

Pero héte aquí, que poco despues de Indiana, aparece *Valentina*. Entonces la aguja de marear cambió de rumbo. «Es imposible, dicen todos, que esa bella condesa de Raimbau, no haya tomado su existencia en el carácter y sentimientos de su autora. Aquí es donde debemos buscar á nuestro *insessizable* Jorge Sand.» Y dominados por esta idea hubo un largo tiempo, en que creyeron á su bella escritora, alguna de esas nobles desimpresionadas de sus antiguas distinciones y pergaminos y que habia seguido en su elección el rumbo que le habia marcado su corazón sensible y su ilustrado espíritu.

Pero no pararon aquí las conjeturas del vulgo. Cuando todos creen haber hallado ya la verdadera esplicacion de nuestro misterioso personaje, apareció *Lelia*. Qué diablo, siempre mujeres y siempre mujeres tan distintas! ¿Dónde hemos de ir á buscar el reflejo fiel de la que buscamos, sin poder hallarla nunca? No hay duda ninguna que *Lelia*, ese tipo extravagante y sombrío, esa mujer que se pasea con la incredulidad en el corazón por delante de los pórticos y los altares de los templos y enciende con una mirada el alma de los sacerdotes y hace que sean sacrilegos, esa mujer, repetimos, debe ser sin duda ninguna el vivo retrato de nuestra célebre heroína. En este siglo de excepticismo y de duda, el corazón de esa mujer ha debido ser invadido por una de esas ráfagas venidas del infierno que secan todas las flores y convierten la vida en un campo árido y estéril. Así se dieron esplicacion las gentes acerca de la vida de Jorge Sand, cuando apareció la última de las novelas que acabamos de mencionar. Pero independientemente de las hablillas que sus-

citó respecto á la vida de su autora, hablose aun mas todavia, entre los círculos de las gentes que piensan, acerca del mérito y la inspiracion de la que habia sabido concebir y expresar aquel sublime mytho de una religion nueva. El alma de donde habia brotado aquella sublime, aunque incomprendible armonia, debia cernerse á la altura de las grandes comprensiones y de las grandes ideas. Desde entonces Jorge Sand fué colocado al lado de los primeros novelistas, cuando no delante de la mayor parte de ellos.

Otras muchas obras aparecieron despues firmadas con el mismo nombre. Todas ellas dieron nuevo pábulo á la admiracion de las gentes y á los comentarios que sobre su autora se hacian. El misterio de que rodeaba su vida era en efecto tan grande, que uno de sus mas célebres biógrafos cuenta que para poder conocerla tuvo que entrar en su casa valiéndose del disfraz de un carpintero que tenia que ir á hacer algunas obras en sus habitaciones interiores. Con esto, pues, quedan destruidas cuantas suposiciones gratuitas se han inventado acerca del libertinage y licencia de su vida. Sabido es que ha habido entre nosotros alguna persona, que no queremos nombrar, que se ha dado el aire de las gentes de buen vivir solo porque creia imitar con esto las maneras y gustos de tan célebre como original escritora. Y no está todo lo peor en esto, sino en que haya habido gente que al verla seguir tal rumbo la haya calificado de la Jorge Sand española.

Para ser Jorge Sand, sin embargo, no se deben imitar su traje y costumbres, aun cuando fuesen tan características como algunos suponen, se necesita tener su genio. Grande es en efecto el de la escritora francesa. Un biógrafo la coloca entre Mme. Cotin y Mme. Souza, no lejos de Mme. Stael: nosotros creemos parcial este juicio. Mme. Stael es cierto, es mas sublime pensadora, sabe mantenerse mas tiempo en el campo de las abstracciones, siguiendo siempre un hilo conductor. Por esto, pues, la creemos algo superior en importancia á Sand, aun cuando los géneros sean muy distintos. Pero si es cierto que Mme. Stael debe considerarse algo superior á Jorge Sand, no lo es menos que esta se halla tambien algunas lineas mas adelante que las otras dos escritoras que hemos nombrado, y entre las cuales el escritor

francés mencionado, establece un igual paralelo. Aunque algo mas desordenadas si se quiere, aunque componiendo un todo menos ajustado y exacto que las novelas de Mme. Cotin ó de Mme. de Souza, las obras de Jorge Sand son muy superiores á estas en importancia filosófica, y abrazan otro horizonte mas extenso y otras miras mayores.

En el dia además de las novelas que llevamos mencionadas han aparecido ya como unos veinte volúmenes mas, entre los cuales se encuentran páginas tan bellas como las que encierra el *Andrés*, la *Juana* y *Jacobo*.

Hemos prometido al principio dar algunos apuntes biográficos acerca de la escritora de que nos ocupamos, pero vemos que nos va á ser difícil conseguirlo. Los biógrafos que se han ocupado de ella apenas han podido adquirir algunas luces escasas. Ya hemos hablado bastante de los comentarios á que ha dado lugar este silencio, por lo que no se extrañará que nosotros nos mostremos tambien profanos respecto á los misterios de su vida. Lo único que se sabe de cierto es que la célebre escritora conocida, con el pseudónimo de Jorge Sand, nació en Berri, departamento de Francia, á fines del siglo pasado, y que tuvo por primer nombre Aurora Dupin.

Su familia, descendiendo por parte de madre, nada menos que de sangre real, aunque por la de padre no se eleva á tanto su alcurnia. A los 14 años entró en el colegio de *Señoras inglesas de París*, donde ya dió muestras de su genio y su carácter; eran ya tales sus travesuras y tal su aire de independencia que le llamaban todos el *muchacho*. Seis años mas tarde contrajo matrimonio con un viejo noble de provincia, el baron de Dudevant, hombre prosaico y que tomaba á risa las delicadezas del corazón: la pobre niña debia hallarse allí abrumada y violenta y no tardó mucho en romper sus ligaduras de un modo bastante brusco. Un dia se llenó de consternacion el palacio del baron, á la nueva de que habia desaparecido su esposa. Esta, desde entonces, fué á París y comenzó, como ya hemos dicho su carrera literaria, con la publicacion de *Rosa y Blanca*.

Hé aquí, por último, el retrato que de Jorge Sand hace un escritor francés.

Jorge Sand es mujer de pequeña estatura y sin ser obesa no es delgada. Sus hermo-

Los cabellos, todavía esencialmente negros, divididos sobre una frente espaciosa y tersa como el cristal, suelen ceñir sus mejillas, al estilo de Rafael; su mirada que es signo de malignidad, en la creencia vulgar, es notable mas bien por su noble expresion de melancólica dulzura; es suave el metal de su voz aunque no argentino; su boca es una perla de gracias, y en suma toda su persona ofrece el sello mas admirable y el mas perfecto conjunto de sencillez, de calma y de serenidad. La amplitud de sus sienas y el desarrollo de su frente, hubiese revelado á Gall la superioridad de su genio; la franqueza de la mirada, el busto y sus facciones puras, á pesar de los extragos del cansancio, hubieran descubierto á Lavater, una vida pasada dolorosa, una vida presente algo árida, una propension estremada al entusiasmo, y por consiguiente al desaliento.

Concluiremos diciendo que lo único de que se resiente el alma cuando lee las brillantes páginas de Mme. Dudevant, es de pensar que bayan salido de la pluma de una mujer. Empapadas la mayor parte de ellas en un espíritu filosófico algo desgarrador, no son ellas la lectura mas á propósito para las niñas de quince años. El siglo sin embargo las lleva á las manos de todos, y la debilidad humana llega hasta tal punto que yo mismo que deseara que muchas de estas obras no llegasen nunca hasta vosotras, soy el primero que he tenido que pagar este tributo al genio de tan ilustre escritora y que os he entretenido acerca de su mérito, y he disertado tal vez en vosotras deseos de conocer sus escritos. Os creo sin embargo con bastante juicio para saber discernir lo bueno de lo malo, y no dejaros arrastrar por ciertas falsas ideas que brotan revestidas de encanto de los libros de Sand: y esta idea me tranquiliza.

S.

POESIA.

Continuando en nuestro propósito de amenizar las columnas del *Pensil* con las inspiraciones de nuestras poetisas, damos hoy cabida á dos composiciones, tanto por la mencionada circunstancia, como por ser su tema la mujer.

La una es debida á la pluma de la señorita CORONADO. Como produccion improvisada no presenta las dotes de correccion y

nitidez que tanto satisfacen y admiran en otros de sus bellos poemas; pero en cambio ¡qué triste y melancólico, qué amargo, y aun sarcástico á veces, es el doliente tono en que se expresa al hablar de la suerte femenil, y sobre todo al referirse al otro sexo!

De menos vigoroso colorido, es el otro poema un apóstrofe á las mujeres, y en él procura DOÑA MARCELA BERENGUER Y CABALLERO pintar la suerte de sus compañeras de una manera mas consoladora que algunas otras plumas lo han hecho. Su composicion parece basada en aquel sentimiento de resignacion que resalta en los versos siguientes de BARTOLOMÉ LEONARDO DE ARGENSOLA:

*Acomodarse el hombre con su suerte
y abrazarse con ella, es paz y vida,
y todo lo demás discordia y muerte.*

Nada diremos nosotros sobre el fondo de la cuestion que en una y en otra composicion se debate. Nuestro modo de ver es conocido, aun cuando no lo hayamos explicado con la extension que el asunto merece. Una sola cosa diremos, y es que tanto la sentida *Carolina* como la ingénua *Berenguer* convienen, aunque en tono distinto, en no considerar la felicidad mujeril en la ambicion de mando y de dominio, ni en las demás pasiones que emponzoñan la vida agitada del hombre. ¿Cómo es posible que se nos envidie bajo este punto de vista?

AL BELLO SEXO.

¡Guan sin fruto os quejais, amigas mías,
Cuando culpais la suerte de inhumana,
Porque en la terrenal vida mundana
La gloria os ni gn que al varon conceda!
Yo tambien ¡cuantas veces á mis solas
En el silencio de la noche oscura
Derramé amargo llanto! ¡qué locural
El destino á las lágrimas no cede.

Siempre agitada tras fantasmas vano;
Tras fugitiva sombra yo corria;
Mi juventud en valde consumia
Sin poder variar lo que antes fué:

Que es el mundo torrente impetuoso
Que no detiene ni ayes ni gemidos,
Y con él opresores y oprimidos
Bajarán confundidos al no ser.

Mas hoy, desengañada para siempre
De aspirar neciamente á lo imposible,
Quiero á todo dolor ser insensible,
Ya de tanto llorar arrepentida.

Por eso cantar quiero entusiasmada
El destino que cupo á la mujer,
Y el manantial inmenso de placer
Que hace feliz su vida oscurecida.

*La silla de la madre de familia
Es el trono en que reina la mujer.*
ORINICIO.

Así como en cenit esplendoroso
Entre planetas brilla el sol ardiente,
Y ellos siguen su paso magestuoso
Girando en su redor continuamente:
Así á la joven vida yo contemplo
Cual astro luminoso que dirige
A sus pequeños hijos con su ejemplo,
Y que siguen sus huellas les sigue.

Ella su luz los presta generosa
En esta de la vida noche oscura,
Y los hace brillar con luz hermosa
Que alumbró su existencia tierna y pura.

Paréceme también reina absoluta
Que una débil nación guía y gobierna,
Y afectuosa obediencia la tributa,
Y ella la dá su amor por prenda eterna.

¿Quién podrá disputarla esa corona?
¿Quién su diadema robará atrevido?
De digna soberana ella blasona:
Su idolatrado pueblo la ha elegido.

Si ingrato el mundo á olvido la condena;
Si el hombre se apropió el supremo mando;
Y la gloria también se la enajena,
No la creáis sus goceas envidiando.

Ni aun á su ciencia aspira, que es muy bella,
Y llena su ambición y tierno anhelo:
Lo de hacer bien al hombre; y es en ella,
En la que halla su dicha y su consuelo.

Por eso, cuando ya madre se levanta
Rinde con gozo gracias al Eterno,
Y no cambiara ya su oscura suerte
Por el laurel de gloria sempiterno.

Y aunque trabajos mil, penas sin cuento,
Dar la vida á otro ser le costa á,
No temais que desmaye su ardimiento,
Que ante el mismo peligro acrecerá.

¡Cuan sublime se muestra! ¡qué orgullosa!
Y el licor nutritivo de sus venas,
Cómo prodiga noble y generosa
Al tierno infante cuando nace apenas!

Vedla como despues su ardiente celo
Estos deberes que el Criador la impone
Trueca por otros, adorando al cielo,
Que es quien así lo ordena y lo dispone.

Por otros, sí, mas dulces todavía
Y mas grandes también: el pensamiento
Eleva de su hijo, noche y día,
Hacia aquel Dios que habita el firmamento.

La idea de este Ser grande, sublime,
Llena su corazón; y el tierno niño
En él su imagen e indoroso imprime
Y con fervor la guarda, y con cariño.

¿Qué goceas comparar podreis á estos,
Mujeres que del bado os lamentais!
Tal vez los que os halagan son supuestos:
¡Ay! ¿por qué sin saberlo murmurais?

Solo á vosotras, sí, madres sensibles
Conocer os es dado estos encantos:
Solo para vosotras comprensibles
Son tan puros placeres y tan santos!

Enjuga pues, tus lágrimas, mujer,
Y mira cuan sublime es tu destino!
¿Cual mas noble jamás podrá tener
En esta tierra el triste peregrino?

Sécalas ya, porque te dejen ver
El claro resplandor brillante y fino
De esa diadema que ostentó no quicras,
Y es la joya mejor de las mujeres.

MANUELA BERCQUEZ Y CAJALLERO.

Á LA SEÑORITA

DOÑA ENCARNACION CALERO DE LOS RIOS.

En buen hora viniste, compañera:
La tierna *Massanés*, mi *Robustina*,
La triste *Amalia* y *Angela* divina
Entre mi coro están; yo la postrera.
En buen hora viniste: el coro espera
Con ansia tu garganta femenina
Para aumentar los cantos ó gemidos
De otros femineos coros respondidos.

La desdeñosa mefa; la sonrisa
De extraña compasión de las doncellas,
Y del hombre severo las querellas
Cesaron de afligir á la poetisa;

Rompimos el concierto muy aprisa;
En esta sociedad, y nuestras bellas
Cerraron con espanto los oídos
Y el sexo fuerte prorrumpió en silbidos.

» ¡Extraño caso, una mujer que canta,
» Tan solo vimos la mujer que llora»

Eso gritaron los que aplauden ora
Con tanto bravo y con palmada tanta.
¡Fuerza de la opinión! cómo quebranta
La ley de muchos siglos triunfadora;

Y lo que ayer fué arroyo es hoy torrente
Marchando de los tiempos la corriente!

No conquistó Pizarro el pueblo de oro
Con mas fatiga, con mayor quebranto
Que de elevar al aire el pobre canto
La libertad nuestro sencillo coro:

Sonó la voz, pero sonó entre lloro,
Por que al fin de las hembras es el llanto,
Y cantar sin gemir, cantar placeres
Es propio de varon no de mujeres.

Por que lo sabes... ¡ay! nuestra es la pena;

Del mayor infortunio en las naciones
Herencia de mujer, no de varones
Ni podrán usurparnos la cadena,
Ven conmigo á gemir en hora buena

Y á defender, amiga, estos blasones
De tristeza y sentir y mala suerte
Que no nos puede hurtar el sexo fuerte.

¿Cómo formar jamás esa armonia
De gracioso contraste, compañera,

Si la mujer humilde no gimiera
Mientras el hombre soberano ría?

Canta la vida triste, amiga mia,
Que ellos han de cantar la placentera;
Y pues que suyos son placer y risa,
Que le dejen el llanto á la poetisa.

No ha de ofender la ley, volcar el trono
De las dolientes hembras el gemido,

Ni el gobierno en los hombres repartido
Ha de ceder la patria en nuestro abono;

Ni le plegue al señor! en abandono
Quede primero el sexo y confundido,

Que en la palestra pública lanzado

1 ntrigante, ambicioso, arrebatado.
 Para oprimir al pueblo el hombre basta;
 No los hierros del mundo acrecentemos,
 No la tribuna ni la lid busquemos
 Renombre duro á nuestra blanda casta:
 De la bandera Nacional el hasta
 En los brazos endebles que tenemos
 Presto al suelo con nos diera, y consigo
 Dejando el reino libre al enemigo.

¡Oh! no, jamás! en la modesta casa
 Por toda gloria nuestro canto alcemos
 Y del soberbio dueño conquistemos
 El privilegio de llorar sin tasa:
 Que siempre ha de venir la vena escasa
 Por mucho, compañera, que lloremos,
 Para gemir del hombre cruel dominio
 Sus ímpetus de sangre y exterminio.

¡Ojala cuando en guerra desastrada
 Se despedazan cual salvages hienas
 Pudieran estas lágrimas serenas
 Su mejilla bañar seca y tostada!
 ¡Ojala cuando en ley desesperada
 Lanzan al reo bárbaras condenas,
 Sobre el pliego al tender rasgo inhumano
 Regaran estas lágrimas su mano.

Quando nos oigan; cuando el loco orgullo
 Ceda del hombre en nuestro siglo ciego,
 No estéril ha de ser el dulce riego
 Que hoy brota en melancólico murmullo:
 Nueva generacion, ora en capullo,
 Crecerá, se alzará; brillará al fuego
 Del femenino amor, sol refulgente
 Que aun anublado está en la edad presente.

No quemarán los bardos tanto incienso
 De la cantora entonces á la planta
 Ni *Sol* la llamarán, *Querub* ni *Santa*,
 Mareando su sien al humo denso;
 Pero su amor respetuoso, inmenso
 Será para el amor que hoy se decanta
 Lo que somos nosotras, compañera
 A las poetisas de futura era.

Pero cantemos, compañera mía,
 Que así se gana alivio á los pesares
 Y si los tuyos son tantos azares
 Que no cumple á cantarlos tu poesia
 « Dame, dirás, tu lira que lo es mía »
 Y si pueril ó ruda la encontrases
 Y la quieres romper, no me la abones
 Que amo mas la amistad que las canciones.

CAROLINA CORONADO.

LA CASA DE PERO-HERNANDEZ.

(Continuacion.)

V.

Acabar el alcalde de proferir estas palabras, y mirarse todos como asombrados, vino á ser una misma cosa. ¡El dueño del per-

ro que el escudero llevaba consigo habia sido nada menos que Martin Antolinez, el que se apareció á la ventana tres dias consecutivos! ¡Espantosa observacion!!! ¿Cómo era posible que Gavilan dejase de ladrar delante del infernal edificio? La sombra de su amo estaba dentro, y ella era sin duda la que motivaba sus ahullidos. El lazo en que Perez le habia encontrado metido era indudablemente algun talisman endemoniado.

—A bien, exclamó Diego Perez, que me he traído el lazo, y podemos salir de la duda.

Sacólo en efecto, y en una hoja de hierro atada á uno de sus extremos, vió unas letras que le llamaron la atencion. Acercó la criada una luz, y... ¡qué horror! las letras decian clara y distintamente: *Martin Antolinez*. La criada al oír leer este nombre no pudo sostener el candil en la mano, y lo dejó caer, quedando todos á oscuras. ¡Dios mio! Dios mio! gritaron todos, tened misericordia de nosotros. Y comenzaron á levantar tan espantosos alaridos que no parecia otra cosa sino que aquella era su noche final. Los chicos se despertaron y echaron á llorar con todas sus fuerzas; y el perro, que oyó los lamentos y la batahola, acabó de aumentar la confusion y el espanto, ladrando que era una compasion; y el escudero se daba á los diablos y maldecia la hora en que le habia ocurrido sacar el lazo, sin que sus maldiciones le impidiesen consolar á la pobre Aldonza que al verse sin luz en medio de aquella terrible Babilonia habia caído desmayada, y hubiera dado en el suelo á no tener por apoyo los brazos de Perez. No en vano se habia este colocado tan cerca, presintiendo sin duda que Aldonza podia necesitarle: los presentimientos del corazon engañan rarísima vez.

Así estuvieron gran rato, y así hubieran estado medio siglo, si una multitud de recios y repetidos golpes que oyeron á la puerta de la calle no convirtieran su confusion en otra alarma de diversa especie. ¿Quién podia ser el que llamaba? ¿Quién se sentiria con valor suficiente, no digo para bajar á abrir, sino para asomarse? Pero Diego Perez estaba allí, y Diego no se apuraba por tan poca cosa. Con Aldonza en los brazos se dirigió á la ventana, y abrió... y no bien acabó de abrir, cuando la claridad del dia iluminó la cocina con no poca alegría de aquellos azorados corazones. La noche se les habia pasado sin creerlo ellos mismos, y bien hubieran podido advertirlo por los rayos de luz, aunque escasos, que penetraban por las rendijas de la ventana y por la chimenea cuando á la criada se le cayó el candil; pero el miedo es

tan ingenioso que lo primero que hace es obligar á cerrar los ojos al miserable que le tiene. Por eso cuando los niños y las mujeres oyen algun ruido en el silencio de la noche, se tapujan entre las sábanas, creyendo con esto librarse del fantasma que en su concepto discurre por la habitacion.

—Vive Dios que es de dial exclamó Diego Perez, y que están llamando á la puerta una multitud de vecinos.

En efecto, los habitantes del lugar que oyeron la confusion que reinaba en casa del alcalde, precedidos del novio de Aldonza que acababa de llegar al pueblo pocos momentos antes de salir el sol, se agolparon á la puerta, movidos de la curiosidad y alentados por las voces de Anselmo que así se llamaba el novio.

—¿Es mi yerno! gritó el alcalde.

—Mi yerno! clamó la alcaldesa. Algun ángel le ha traído á estas horas. Bajad á abrirle sin dilacion.

Aldonza, que hasta entonces habia estado desmayada, al oír las palabras *mi yerno!* sacudió su letargo, si no es que el aire fresco de la mañana contribuyó á volverla el uso de los sentidos. El oficial á quien la inesperada entrada de la luz habia sorprendido con el rosario en la mano, ocultólo como avergonzado, y comenzó á dar aliento á la gente, no sin alarmarse tambien al oír el nombre de yerno. El mismo Diego Perez, tan animoso y alegre toda la noche, no pudo oír sin estremecerse el apellido del novio. Lo que á unos inspiraba alegría, comunicaba á otros abatimiento y tristeza. ¿Qué significaba tan repentino cambio de afectos?...

Subió por fin Anselmo, precedido del alcalde que bajó á abrirle la puerta por sí mismo, y seguido de la falange de vecinos de que hemos hecho mencion. Cuando entró en la cocina, acababa Aldonza de abandonar los brazos de Diego: este se volvió de espaldas al reciénvenido y se puso á silbar en la ventana.

—¿Qué alaridos eran los que daban vuesasmercedes? exclamó Anselmo al entrar. Por Dios que creí que la bella Aldonza era muerta! Pero no! Ahí está tan colorada y tan guapa, y cierto que los colores de su rostro contrastan admirablemente con la palidez que advierto en todos los semblantes.

—He estado arrimada al fuego toda la noche, contestó Aldonza.

—Vamos, vamos á la sala, exclamó la alcaldesa: la cocina es estrecha, y se agolpa aquí tanta gente que no cabemos de pies.

—Fuera la gente de aquí, dijo Anselmo, y vamos en buen hora á la sala.

—Fuera de aquí, gente ociosa, dijo tambien Diego Perez.

—Fuera! repitió el oficial: y echaron á los reciénvenidos.

—Tomad eso para refrescar, dijo Anselmo desde la ventana: el dia de mi boda será otra cosa. Entre tanto recibid las gracias por haberme acompañado hasta aquí; pero ya veis que no sois necesarios, puesto que en casa del señor alcalde no ocurre la menor novedad.

La gente se retiró refunfuñando al ver la mala acogida que habian merecido del alcalde si bien disminuyó algun tanto el desaire el donativo que les hizo su futuro yerno. «¡Alcalde habia de ser!» Esto fue lo único que murmuraron entre dientes.

Anselmo entre tanto dió cuenta de su venida, y manifestó el motivo de haber llegado á la madrugada. Habia salido de su lugar el dia anterior con ánimo de hacer noche en casa del alcalde, pero cuando ya se hallaba á las inmediaciones del pueblo, fué sorprendido al oscurecer por cuatro bandidos, que despues de despojar á él y á su criado de cuanto dinero llevaban, los tuvieron atados á un árbol toda la noche, hasta que quiso Dios enviar el dia, y un labriego los desató.

El alcalde por su parte refirió á Anselmo todo lo que habia ocurrido en la cocina y el miedo que habian pasado. El oficial y el escudero no hablaban una sola palabra.

La noche habia sido infernal para todos, y era espantoso oír referir á cada uno de los habitantes del pueblo lo que respectivamente contaban. El uno habia visto una sombra, el otro un capuz, el otro un demonio en cuerpo y alma. Sus asertos eran los mas contradictorios; pero todos convenian en haber oído los ruidos de grillos y cadenas, y en haber visto las luces que tanto habian espantado al tío Ramon, á su mujer y á sus chicos. Una alma en pena habia recorrido las calles del pueblo, seguida de un perro infernal; y las voces de *Pero-Hernandez* y *Martin Antolinez* no habian cesado en toda la noche.

Quando estos rumores se generalizaron en el pueblo y cuando á ellos se añadió la aventura de Gavilan, la salida de Diego y el nombre de *Antolinez* escrito en el lazo, la gente comenzó á mirar con terror al escudero, creyéndole familiar del otro mundo; pero lo que mas les aterraba era el perro que por confesion del mismo Perez, habia pertenecido al último de los tres desventurados que se quedaron, para no salir, en la casa de *Pero-Hernandez*.

El cura pidió á Diego Perez el lazo en cuestion para conjurarle en la iglesia: entregósele el escudero; pero el nombre que estaba inscrito en la plancha de hierro habia desaparecido de su superficie. ¿Era aquello ilusion, brujería ó diablura, ó quiso Perez divertirse á costa del alcalde y demás, afectando leer un nombre que no existia en la plancha? Esto es lo que no se ha podido averiguar hasta ahora; pero es indudable que Gavilan habia caido en el lazo, y bastaba esto para considerar al perro en relaciones misteriosas con la casa del demonio. Y si no, ¿cómo se explicaban los ahullidos que daba Gavilan cuantas veces se acercaba á la casa, aunque fuera á la luz del mediodia, y el anhelo con que olia la puerta del malhadado edificio? El mismo Diego Perez se manifestaba pensativo al ver semejante fenómeno. Era indudable: dentro de la casa de Pero-Hernandez habia algo que tenia relacion con el perro.

Yo lo averiguaré, dijo Perez: esta noche he de entrar en esa casa endiablada.

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

FLORES.

La mujer ha sido siempre amiga de las flores. Nosotros no lo extrañamos: entre la mujer que embellece la sociedad y las flores que embellecen la naturaleza, deben existir muchas relaciones y simpatías. La hermosura, la sensibilidad, el amor, todas las cualidades características de la mujer, las son comunes; por esto, pues, deben ser sus compañeras en la tierra como los ángeles lo han de ser en el cielo. Nada por lo tanto creemos que ha de ser mas grato á nuestras lectoras que el siguiente almanaque, por medio del cual pueden tener siempre en sus jardines una ú otra flor con que adornar su pecho, ú ornar su tocado.

ALMANAQUE DE FLORA.

Enero, ve florecer el eléboro negro.

Febrero, la laureola hembra y la galante campanilla blanca.

Marzo, la soldanela de los Alpes, la hermosa francesilla y el temprano azafran.

Abril, el oloroso tulipan, la granosa saxifaga ó quebrantapiedras y el mastuerzo de los prados.

Mayo, las lilas, el lirio de los valles, la espiral filipéndola, y la peonía oficial.

Junio, la adormecedora amapola, la ligera consnelda, la azulada centaurea.

Julio, la salicaria, la vidaaria, la centaurea menor y el hisopo.

Agosto, la parnasia de los lagos, la balsamina de los jardines, la eufrasia amarilla y la truncada escabiosa.

Setiembre, el pan porcino de Europa, la amarilis amarilla, la villorita de otoño, y el azafran cultivado.

Octubre, el girasol y la olorosa manzanilla.

Noviembre, la gimenesia.

Diciembre, el brusco picante, y la racimda lopecia.

ANUNCIOS.

TIRIOS Y TROYANOS.

Historia tragi-cómico-política de la España del siglo XIX, con observaciones tremendas sobre las vidas, hechos y milagros de nuestros hombres y animales públicos: escrita entre agri-dulce y joco-sérto

POR D. MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

Se ha repartido la 5.^a entrega de esta interesantísima obra que con tan favorable acogida ha sido recibida del público; y continua abierta la suscripcion en los puntos siguientes:

Madrid, en la redaccion, calle de la Madera Baja, número 11, cuarto principal de la derecha; en la libreria de Matute, calle de Carretas; en la de Cuesta, calle Mayor; en la de Villa, plazuela de Santo Domingo; en la de Miyar, calle del Príncipe; y en la de Heredia, calle de la Magdalena baja.

Provincias: en todas las librerías, administraciones de correos y demás corresponsales de la empresa.

Los pedidos y reclamaciones se harán á don Alejo Rocés, calle de la Madera Baja, número 11, cuarto principal de la derecha, debiendo ser el porte franco, sin cuyo requisito no se recibirá ninguna comunicacion.

Los suscritores de las provincias que deseen entenderse directamente con la empresa, lo verificarán girando por correos las letras correspondientes á favor del espresado Rocés.

Recomendamos á nuestros suscritores las bellas é interesantes novelas que se dan á luz en la *Galeria Literaria*, siendo esta una sociedad que merece un buen elogio por lo escogido de sus producciones, á las cuales prometemos felices resultados si continúan como hasta ahora.

MADRID.—1846.

IMPRESA DE D. JOSÉ DE REDOLLEDO Y COMPAÑÍA,
Calle del Fomento, número 15.